

historiadores de aquel tiempo (1) no las podría llevar una mula; todo con el fin de que rogasen por ella y por él.

Todavía permaneció en Tierra Santa cerca de un año para concluir todo el bien que había principiado en el país, después de lo cual los riesgos que corría su reino, amenazado tanto de la Inglaterra como de la Alemania, le hicieron abrazar el partido de volver á él cuanto antes. Entre las buenas obras que hizo en Palestina, una de las más admirables fué la conversión de una infinidad de sarracenos, á quienes persuadió él mismo y llevó consigo para afirmarse de su perseverancia. Tal es, á lo que dicen, el origen de esa multitud de familias que tienen en Francia el nombre de sarracenos. Estuvo el santo rey en el mar dos meses y medio, durante los cuales se mostró igualmente apóstol que monarca. Hacía predicar en la embarcación tres veces á la semana; y cuando el mar no estaba muy agitado, había una instrucción particular para los marineros. Quiso que todos se dispusieran con la confesión para este viaje, y les hizo al intento una exhortación en que les dijo entre otras cosas: «El que se llegue á los Sacramentos no tema faltar al servicio de la embarcación; yo mismo le sustituiré en caso necesario, ya sea para tirar un cable, ó para cualquiera otra maniobra (2).» Este tono tan afectuoso y popular fué tan eficaz, que algunos marineros, que no se habían confesado hacia muchos años, se volvieron á Dios con todas las señales de una conversión sincera. Aportaron á Provenza, pues el rey llevaba intento de ir á Santa Belma, donde creían, dice Joinville que le acompañaba, tener el cuerpo de Santa Magdalena. Santa Belma, es decir, Santa Gruta, en Provenza, era antiguamente una ermita célebre. Lie-

(1) Joinv. pag. 110.

(2) Gualfr. cap. 23.

gado á Paris, se dirigió el domingo 13 de setiembre (1254) á dar á Dios acciones de gracias en la iglesia de San Dionisio; mas perseveró cruzado para hacer ver que no pretendía haber cumplido su voto en toda su estension.

No pudo llegar el santo rey mas á tiempo que en medio de las borrascas que amenazaban perfiadamente al reino. El rey Conrado, que solo sobrevivió cuatro años al emperador Federico su padre, había muerto en lo mejor de sus días el 21 de mayo de este año de 1254; pero su hermano Manfredo, tan resuelto como él y mucho más diestro, estaba al frente de los negocios en calidad de tutor del joven Conradino su sobrino, hijo y heredero de Conrado. Viendo las disposiciones de los pueblos para someterse al Papa, tomó el partido de someterse también él; recibióle Inocencio en su gracia y le confirmó la concesión que Federico le había hecho del principado de Tarento y de los condados de Gravina y de Tricarica, y aun le hizo su vicario ó lugarteniente en una gran parte del reino. Pero habiendo sido muerto por las gentes de Manfredo un señor que se había unido al Papa, y atribuyéndose á Manfredo haber mandado cometer este homicidio, fué Manfredo á unirse con los sarracenos de Nocera y formó un numeroso ejército con el que renovó la guerra, y al principio con ventajas. Mientras esto sucedía, falleció el Papa en Nápoles, donde había sido llamado por la nobleza, el día 7 de diciembre, después de once años y medio de un pontificado agitado sin interrupción. Inocencio IV amaba y protegía las letras; además de los escritos que compuso en defensa de la Iglesia contra la persecución de Federico, hay de él algunos comentarios sobre el libro quinto de las Decretales; estaba versado en la jurisprudencia y se le llamaba el *Padre del Derecho*. En 12 de diciembre fué elegido para sucederle

Rainaldo, cardenal obispo de Ostia, que tomó el nombre de Alejandro IV. Era piadoso, de costumbres irreprochables y aun austeras.

Al año siguiente, 1255, á pesar de los obstáculos que le dejaba su predecesor, llevó las atenciones de su celo hasta los bárbaros del Norte, que estaban más obstinadamente adheridos al paganismo. Hacía ya algunos años que Mindof, príncipe de Lituania, había abrazado la Religión cristiana con una buena parte de sus súbditos; los caballeros de Prusia le aconsejaron tomase el título de rey, y que al efecto se dirigiese al Papa y se pusiera bajo su protección. Inocencio, al aceptar la oferta que voluntariamente le hacía Mindof, erigió en reino su principado y le proveyó de un obispo (1). Con todo, desde el principio del pontificado de Alejandro, el nuevo rey, falto de perseverancia, volvió sus armas contra los cristianos de Polonia, entregó á las llamas la ciudad de Lublin, y se llevó una multitud de esclavos. Sus sucesores, imitando su ejemplo, permanecieron todavía paganos por espacio de más de un siglo. Por el contrario, el cristianismo hizo sólidos progresos en la Livonia, y hé ahí la razón por qué, habiendo venido á vacar la silla de Riga, el arzobispo de esta provincia, que hasta entonces no había tenido Silla fija, eligió esta iglesia para metrópoli, y el Papa Alejandro confirmó la elección por su bula de 20 de febrero de 1255 (2). Riga fué desde entonces metrópoli, no solo de Livonia, sino también de la Estonia y de la Prusia.

Entretanto los prusianos, pueblo de los más adictos entre los septentrionales á las supersticiones y latrocinios, tenían aún algunos gefes y tropas idólatras que tenían á los fieles en continua alarma. Ottocar,

(1) Rain. ann. 1251.

(2) Lib. 1, ep. 294, ap. Rain.

elevado poco después al trono de Bohemia, Otton, marqués de Brandeburgo su sobrino y mariscal, el duque de Austria, el marqués de Moravia, el arzobispo de Colonia y el obispo de Olmutz, marcharon en su auxilio con una multitud formidable de cruzados, que ascendía á sesenta mil combatientes (1). Después de haber quemado y saqueado las tierras de los infieles, les dieron batalla, los derrotaron é hicieron una infinidad de prisioneros. Concedieron la vida á los que quisieron hacerse cristianos, y pasaron á cuchillo todos los demás. Reducidos los dos gefes principales de los idólatras al último extremo en un pueblo falto de provisiones, confesaron que hacían vanos esfuerzos contra el cielo y se rindieron á discreción. Al instante fueron bautizados por el obispo de Olmutz, y tuvieron por padrinos el uno al rey de Bohemia, y el otro al marqués de Brandeburgo, que los colmaron de muestras de benevolencia y los honraron con el título de amigos. Movidos por este ejemplo los paganos de toda la Prusia, se dieron prisa á recibir el bautismo; pero á fin de poner freno á su inconstancia, el rey Ottocar, después de haber estendido su conquista hasta el mar Báltico, hizo construir en una montaña una ciudad muy fuerte, que tomó de allí su nombre de Koenigsberg, esto es, Monte Real.

El Papa Alejandro por otra parte se aplicaba á hacer florecer entre los antiguos fieles toda la perfección del Evangelio. Escribió á San Luis, cuya admirable piedad causaba honda y grata impresión en este soberano Pontífice, escitándole á adelantarse más rápidamente cada día hácia el reino de Dios. Le dice, que aunque el reino de Francia sea superior á todos los otros, es con todo menos distinguido por su propio

(1) Chron. Prus. lib. 1, p. 173; Dubrav. lib. 17, pag. 137.

esplendor que por la virtud de un rey que, aunque en un todo aplicado al gobierno de sus Estados, mira como su principal negocio el del reino de Jesucristo. Al propio tiempo le concede que ni él ni los reyes sus sucesores puedan ser excomulgados ó entredichos, sin órden especial de la Sede apostólica (1).

Luis en efecto, desde su regreso de Tierra Santa, mostró muy á las claras que habia ido allá con disposiciones poco comunes entre los demas cruzados. Observóse en él un aumento visible de celo, de caridad, de bondad, de modestia y aun de equidad, á pesar de que se habia manifestado hasta entonces muy fiel á los deberes de esta virtud, que debe ser la primera de los monarcas. Noticioso en sus viages de que un soberano musulmán habia buscado con desvelo y reunido á grandes espensas todos los escritos que podian servir á su religion, le causó rubor que los infieles se manifestasen mas celosos por el error que los cristianos por las verdades eternas. Tal fué la razon que le movió á formar, cerca de su capilla de París, una biblioteca de todos los buenos libros que pudo descubrir en los diversos monasterios, donde estos tesoros preciosos se hallaban ocultos. Sin embargo, no permitió que nadie los sacase ni aun pagando, si solo que los copiasen y que multiplicaran los frutos con los ejemplares. Hizo participes de estas copias á los frailes menores y á los predicadores, á los que estimaba en particular, y á la abadía de Royaumont, que habia fundado para ciento y catorce monges del órden del Cister.

La escuela de Religion mas famosa del mundo cristiano debióle tambien su perfeccionamiento. En el año de 1250, Roberto de Sorbon (2), llamado así del lugar de su

(1) *Ap. Rain. num. 42 et 45.*

(2) *Dabrevil. Antiq. pag. 677; Duboulay, pag. 242.*

nacimiento en la diócesis de Sens, comenzó la fundacion de su colegio para los pobres cursantes de teología; y la reina Blanca, entonces regenta, le dió una casa en París cerca del castillo de las Termas; esto es, de los baños, resto del antiguo palacio de Juliano Apóstata. El rey añadió todas las casas que tenia en el mismo cuartel en cambio de algunas otras que Roberto por su parte cedió en la calle de la Bretonería, para establecer allí canónigos reglares de una congregacion de Flandes, intitulados de Santa Cruz. Movido por la gran fama de las virtudes de Roberto, antes canónigo de Cambay y despues de París, le llamó el rey cerca de su persona y muchas veces le hacia comer en su mesa.

La universidad de Salamanca, émula de la de París en materias de Religion, fué fundada algunos años despues, segun la bula de confirmacion del año 1255, en la cual se permite á todos los que en ella se graduaran de doctores, profesar en todas las universidades, esceptuando sin embargo las de París y Bolonia (1). Esta fué obra del rey de Castilla Alfonso X, por sobrenombre el Sábio, esto es, sábio, siguiendo el estilo de aquel tiempo. Habia sucedido en 30 de mayo de 1252 á su padre Fernando III, famoso por la conquista de Andalucía, y aun mas por todas las virtudes cristianas que han hecho fuese colocado solemnemente en el número de los Santos por Clemente X (2) (a).

Un establecimiento mas notable aun, de parte de San Luis, fué el de la Inquisicion, establecida á instancias suyas en toda la estension de sus Estados por el Papa Alejandro IV. Esta circunstancia prueba super-

(1) *Rain. num. 52.*

(2) *Boll. tom. 18, pag. 362.*

(a) Acerca de los gloriosos hechos, heroicas virtudes y edificante muerte de San Fernando dimos ya abundantes noticias en la nota de la pag. 647. (N. del E.)

abundantemente que en ninguno de los reinos de la cristiandad ha sido establecida la Inquisicion sino con el consentimiento y aun algunas veces á instancia de los soberanos; hecho esencial y siempre callado por los declamadores que escriben contra este tribunal, los cuales afectan insinuar que esta jurisdiccion ha sido establecida por sola la autoridad de los Papas contra el derecho de los reyes, siendo así que es cosa averiguada y fuera de toda duda que esa jurisdiccion jamás ejerció cargo alguno sino bajo la autoridad de los reyes (1). El Soberano Pontífice, á ruegos del santo rey, dió al provincial de los frailes predicadores de Francia, y al guardian de los frailes menores de París, el oficio de la Inquisicion en todo el reino (2). A pesar del respeto que la nacion profesa á la memoria de este santo rey, no ha podido subsistir en Francia esta institucion; pero así fué, que no habiendo sido contenidas en ella á sus principios los primeros dogmatizadores, como lo fueron en España por la Inquisicion, se verá á la supuesta reforma engendrar en ella la guerra civil y causar innumerables desórdenes para daño del pueblo y del trono. Por manera que por haber retrocedido al principio ante la aplicacion de una medida extrema contra algunos individuos, se comprometió la salud de todo el Estado.

La moderacion de Luis con respecto al rey de Inglaterra, á pesar de lo gravosa que fué á los franceses, le valió vivos aplausos. Despues de una guerra de feliz éxito para la Francia, se ajustó entre las dos coronas un tratado de paz, por el que Enrique III renunciaba á sus pretensiones sobre la Normandía, el Maine, el Anjou, la Turena y el Poitou; y Luis le dejaba todo el ducado de Aquitania, pero con la condicion de tri-

butarle vasallage de este Estado (1256). Los consejeros del santo rey manifestáronse muy sorprendidos de que suscribiese á un desmembramiento de tanta consideracion que él y sus predecesores habian recuperado de los ingleses tan solo por culpa suya. «Me consta», respondió (1), que los reyes Juan y Enrique han perdido justamente las tierras que yo tengo y que no estoy obligado á esta restitucion. Hágola tan solo en bien de la paz para establecer una union durable entre dos casas augustas y unidas por otra parte tan estrechamente con los vínculos de la sangre. Notad, añadió, que el rey de Inglaterra me rendirá vasallage, cosa que aun no ha practicado. Tal es la version del señor de Joinville, que conocia mejor estos asuntos y el temple sólido de la cabeza de Luis IX que el monge de San Dionisio, que le atribuye todas las puerilidades de un escrúpulo acerca de la confiscacion de la Normandía, hecha legalmente por Felipe Augusto.

Por el propio tiempo, Alejandro IV reunió cinco congregaciones de ermitaños en un solo cuerpo, el cual formó el órden de agustinos mendicantes (1256). A mas de los discípulos de San Guillermo de Malaval, muerto cien años antes, y sujetos como estos ermitaños á la regla de San Benito, se veian ya habia mucho tiempo otros muchos que hacian profesion de seguir la regla de San Agustin. La mas notable de estas congregaciones era la de Brietina de la Marca de Ancona, establecida en el pontificado de Gregorio IX por el Beato Juan Bono, convertido de un modo inesperado despues de practicar por mucho tiempo el oficio de truan. Desde luego estableció este Papa una forma de hábito fijo á los ermitaños que se confundian algunas veces con los frailes menores

(1) *Bergier, art. Inquisicion.*

(2) *Rain. ann. 1255, num. 95.*

B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III,

(1) *Joinv. pag. 14 et 119; Duch. tom. 5, pag. 369 et 370.*

por la variación de su vestido, y aminoraban la caridad de los fieles en favor de estos. Para poner aun mas uniformidad, el Papa Alejandro juntó todos estos solitarios indistintamente bajo la regla de San Agustín. Pero los guillemitas sintieron verse privados de la regla de San Benito, é hicieron su solicitud tan eficazmente, que el Papa Alejandro los volvió á poner como estaban antes bajo su general particular.

Los religiosos de San Francisco, aunque ya muy diversos de sus padres, y los de Santo Domingo, se distinguían aun entre las diferentes órdenes por su virtud y su capacidad. Los reyes y los pontífices se disputaban en cierto modo la gloria de protegerlos. Alejandro IV les concedió privilegios que escitaron la envidia de los doctores seculares, llenaron particularmente la universidad de Paris, por espacio de muchos años, de fermentacion y de cizaña, y causaron á los obispos, sobre la integridad de su jurisdiccion, algunos temores que han durado casi hasta nuestros dias. El rey San Luis profesaba tal afecto á estas dos órdenes, que decia frecuentemente, que si pudiera hacer dos partes de su persona, daría una á los frailes predicadores y otra á los menores (1). Formó la resolucion de entrar en una de ellas luego que tuviese un hijo en edad de poder reinar, y se lo manifestó á la reina, para preparar de antemano su consentimiento; pero esta juiciosa princesa manifestó razones tan sólidas para disuadirle de ello, que el rey, cuya piedad no tuvo nunca nada de temeraria ni de confiada en su propio parecer, se dejó persuadir de que no era aquello la voluntad de Dios.

Este aprecio y este favor de las personas mas distinguidas respecto de los religiosos mendicantes, acarrearón á estos mil quejas é injurias fundadas ó infundadas. De

(1) G. de Bello, l. 12.

ellos decían que apetecían la mesa de los príncipes y de los prelados, ya por las buenas viandas, ó mejor para alimentar su orgullo con los humos de la vanagloria y satisfacer á su prurito de intrigar y de gobernar: que se inmiscuían en asuntos muy ajenos de su estado, insinuándose en todos los consejos y en todas las empresas: que desde el soberano hasta el particular algo visible querían dominar sobre todos los ánimos, sobre todos los órdenes del poder, y que con este intento se hacían condescendientes, lisongeros, directores fáciles é ingeniosos en doblegar las leyes de la conciencia en favor de sus miras políticas. En una palabra, les cargaron de todas las acusaciones que tan á menudo se han renovado despues, y que jamás dejarán de repetirse contra los que vienen de nuevo, cuyo celo y talento hagan abrir los ojos sobre la degradacion de sus predecesores.

El que entre todos los acusadores se señaló mas en sus declamaciones é invectivas fué Guillermo de San-Amor, doctor de Paris (1). Los doctores del estado religioso no eran mirados con buenos ojos en aquella Universidad floreciente. Había entonces en ella doce cátedras de teología, de las cuales tres estaban ocupadas por los canónigos de Paris y dos por los jacobinos ó sea dominicos. Pero á pesar de que de este modo no había mas que dos profesores que fuesen propiamente del estado religioso, la Universidad temía la concurrencia. Pues bien: en la época de que venimos hablando, los profesores que la Universidad pretendía rechazar eran Santo Tomás de Aquino y Alberto Magno, ambos dominicanos y doctores de Paris. Entre los frailes Menores tenía tambien que luchar contra el célebre Alejandro de Halés y San Buenaventura su dis-

(1) Guill. S. Am. pag. 9, etc.

cipulo, que en aquel año (1256) había sido elegido general de su orden. La negativa de la Universidad á promover á los grados los dos grandes Santos que acabamos de nombrar, puede dar una idea del espíritu que animaba al cuerpo de los doctores de Paris. Independientemente de esta hostilidad, fecunda en desavenencias que los Papas, sin embargo de la autoridad que entonces ejercían, apenas podían apaciguar, tambien se quejaban por otra parte muchos obispos de que los religiosos mendicantes, so pretexto de privilegios, trastornaban el orden gerárquico y violaban su jurisdiccion en el ejercicio de su ministerio. Mas San-Amor no se limitó á estas quejas. Exaltado por su bilis y por el impulso de sus compañeros, quienes en una carta escrita de mancomun á todos los prelados habían calificado á su escuela de fundamento de la Iglesia, vió en su querrela á toda la Religion en peligro é intituló su declamacion: *Peligros de los últimos tiempos*. Pero no contento con presentar personalmente á sus adversarios como falsos apóstoles y seductores hipócritas, acometió directamente contra su estado de mendicidad, á pesar de estar aprobado por la Iglesia, la cuál (dice él con temeridad) debe revocar lo que ha instituido por error y contra la prohibicion de San Pablo (1).

Condenó el Papa este escrito como inicuo, criminal y escandaloso, le hizo quemar en su presencia, y bajo pena de excomunion mandó á todos aquellos que le tuviesen entregarle á las llamas dentro del término de ocho dias, y prohibió aprobarle ó sostenerle en manera alguna (2). Aumentó su benevolencia respecto de los religiosos mendicantes, en cuyo favor hizo mas de lo que habían hecho sus predecesores. Los príncipes, tomando parte en

sus designios, les continuaron su confianza, y se los vió con placer cerca de sus personas augustas. No se ignoraba que el aire de la corte es contagioso para los ministros del Evangelio, tanto regulares como seculares; pero concediendo la Iglesia sus socorros así á los príncipes como á sus súbditos, los ministros mas capaces de emplearse en ello con menos peligro, son aquellos que en su observancia y en su desprendimiento de las cosas terrenas hallan mas preservativos contra el contagio.

No poco contribuyó Santo Tomás de Aquino para dirigir la censura pontificia contra la temeridad del doctor parisiense. En Anagni pronunció, en presencia del Sumo Pontífice, en favor de los frailes mendicantes una larga apología, en la que, con la fuerza y precision que caracterizan todos sus escritos, contestó á las diferentes alegaciones de su injurioso agresor. Su sola persona, si es permitido esplicarse de este modo, era una apología muy espresiva del instituto que había abrazado haciendo los mas heroicos sacrificios. Su familia, ilustre y poderosa desde el siglo décimo, poseía la ciudad y el condado de Aquino en la Campania (1). Para darle una educacion conveniente á su nacimiento y á las miras de fortuna que de él se concebían, le enviaron en sus primeros años á las escuelas mas famosas de Italia, primero al Monte-Casino, y despues á la Universidad de Nápoles, fundada poco tiempo antes por el emperador Federico. Pero eran muy diferentes los designios del cielo sobre este jóven, prevenido de los dones de la gracia igualmente que de los del ingenio. Dócil á las primeras inspiraciones de lo alto, apenas el jóven Tomás había principiado á mostrar sus talentos para las ciencias, cuando en Nápoles mismo tomó

(1) Duboulay, pag. 56.

(2) Id. p. 312; G. Nang. Chron.

(1) Boll. tom. 6, pag. 657; Ech. Summ. vind. pag. 212.